

Los Libros

«HISTORIA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS CHILENOS», por *Alberto Edwards y Eduardo Frei*.—Editorial del Pacífico.

La Editorial del Pacífico ha entregado recientemente una reedición de la obra de Alberto Edwards Vives: «Historia de los partidos políticos chilenos», completada por Eduardo Frei Montalva.

Alberto Edwards es uno de los historiadores más leídos del país, porque su obra, además de su valor intrínseco, tuvo un carácter periodístico, prodigándola en ensayos y artículos que aparecieron en diversas revistas y diarios. Su «Historia de los partidos políticos chilenos» salió a luz en 1903 y abarca el período comprendido entre la Independencia y la gran crisis de 1891. En esta obra de juventud se contienen muchos de los puntos de vista originales que Alberto Edwards aportará a la interpretación y comprensión de nuestro desarrollo patrio. Más tarde abordará este mismo tema en algunos ensayos que nutrieron las páginas de la revista «Pacífico-Magazine» y en uno de los cuales utilizó, por primera vez, su pseudónimo: «El último pelucón», tan grato a sus convicciones y afectos. En «El Mercurio», entre los meses de agosto a diciembre de 1912, publicó varios artículos, bajo el título general de: «Siete años de recuerdos políticos», 1905-1912, de gran interés, por analizar con agudeza un período, poco conocido, o poco recordado, y que él vivió intensamente,

pues fué diputado desde 1909 a 1912. En 1913 insertó en la «*Revista Chilena de Historia y Geografía*», su estudio: «*La organización política de Chile*», 1810-1833, recogida más tarde en volumen por la editorial Difusión. En «*El Mercurio*, durante agosto a octubre de 1928, dió a luz una serie de artículos sobre «*Problemas políticos de actualidad*», indicando de tal manera su permanente preocupación por el desarrollo político nacional e internacional.

La obra fundamental de Alberto Edwards es «*La Fronda Aristocrática*», publicada en forma de artículos en «*El Mercurio*» y reunidos en volumen en 1928. Esta obra clásica de la historiografía de síntesis e interpretativa de nuestro país, es como la visión total, aunque en panorama, de su concepción histórica, influenciada por la lectura y reflexión de la vasta creación de Spengler, quien, según su propia confesión, logró poderosa gravitación sobre sus ideas; a la vez que es la quinta esencia de sus vastos estudios y afanes de investigación. En esta obra incorpora y reelabora el contenido de su estudio sobre los partidos políticos chilenos.

El señor Alberto Edwards tuvo el propósito de escribir una vasta *Historia de Chile* durante el primer siglo de su evolución republicana, objetivo que no cumplió, dejando solamente su resumen que es «*La Fronda Aristocrática*». De los materiales acumulados para llevar a cabo su propósito inicial se encontraron, después de su muerte, los correspondientes a la época de 1851 a 1861, y que han sido publicados con el título de «*El Gobierno de Manuel Montt*», con un extenso proemio de don Luis Barros Borgoño.

La Editorial del Pacífico reeditó «*La Fronda Aristocrática*»; ahora agrega esta cuidada y primorosa reedición de la «*Historia de los partidos políticos chilenos*», completa por Eduardo Frei Montalva. Es de desear que prosiga en su empeño recogiendo, en uno o dos volúmenes, los numerosos artículos políticos, que hemos indicado, pues creemos que tendrían gran acogida tanto

entre los partidarios entusiastas del señor Alberto Edwards como entre los estudiosos del desenvolvimiento nacional.

Estimamos un acierto que esta nueva edición de la obra señalada agregue el notable ensayo de Eduardo Frei Montalva, en donde estudia el desarrollo social y político de Chile desde 1891 hasta 1938.

El señor Eduardo Frei es un joven y dinámico político de las nuevas generaciones del país. Ha sido uno de los fundadoras de la Falange Nacional, agrupación política de los últimos años, empapada en los ideales social-cristianos emanados de los Evangelios y de la Encíclica papal «Rerum Novarum», analizados y ampliados por pensadores tan notables como Berdaieff, Maritain y los padres Ducattillon y Lebret. Fué Ministro eficiente durante la administración de don Juan Antonio Ríos y, en la actualidad, es un mesurado y talentoso senador de la República. Pero lo digno de subrayarse en la personalidad del señor Frei es que la política no ha cegado en él sus fuentes espirituales creadoras. Es así como nos ha entregado tres obras de mérito: «Chile desconocido», valeroso ensayo en el que describe la realidad económica, social y ética del país, con inusitada franqueza, hundiendo su escarpelo crítico en los graves males que aquejan al pueblo e indicando nuevas rutas de acción; «Política y Espiritu», obra densa de teoría filosófica y política, que defiende una nueva actitud ante los problemas complejos de la sociedad, de acuerdo con sus concepciones cristianas sociales; y «Aún es tiempo...», opúsculo político, publicado en momentos de crisis e incertidumbre y que fué como una alerta clarinada para abandonar equivocados rumbos y con decisión y honestidad enfrentar nuevas tareas. Es con este bagaje teórico y práctico con el cual el señor Eduardo Frei abordó la continuación del ensayo de Alberto Edwards. Y dicha empresa la ha realizado con responsabilidad y talento. Y a pesar de que existe una estrecha conexión entre ambas partes, la de Edwards y la de Frei, se nota de inmediato una profunda diferencia entre ambas, diferencia que no brota

sólo de las características distintas de los períodos analizados y de las concepciones diversas de ambos autores, sino que, principalmente, de sus opuestas sensibilidades ante los problemas sociales y políticos.

Para usar el pintoresco lenguaje de nuestro gran historiador actual, don Francisco Antonio Encina, la «conformación cerebral» de Alberto Edwards permaneció siempre ajena a la consideración de la vida y reacciones del pueblo. No le interesaron los grandes cambios económicos y anexas transformaciones sociales, como determinadores de las acciones políticas, de los programas y posiciones de los partidos, de las actitudes de sus dirigentes. Consideró a los partidos muy desligados de aquellas estructuras básicas y de sus evidentes repercusiones, estimando como fundamentales las ideas abstractas y los programas teóricos, y así los hombres aparecen moviéndose y actuando por elevados principios o grandes concepciones idealistas. La trama de la lucha política del siglo XIX es para él la contienda entre el presidencialismo y el parlamentarismo, o sea, traducida a fórmula ideológica, la pugna entre conservantismo y liberalismo. Esto es demasiado simple y no responde a las alternativas de la lucha; sobre todo si tenemos presente el nacimiento de nuevas fuerzas sociales, que se constituyen y desarrollan desde mediados del siglo XIX, en razón del proceso económico creciente, y las vinculaciones de ese proceso a la economía internacional, lo que se traducirá en la presencia y acción de factores extranacionales no sólo en su desenvolvimiento económico sino que en sus luchas políticas. Y la consideración de estas realidades económicas y sociales nuevas aclara las extrañas alianzas entre conservadores y liberales, a pesar de sus oposiciones «ideológicas».

Aquí reside también la ceguera obtusa del señor Edwards para ver y comprender el nacimiento de los partidos populares, como vehículos expresivos de los nuevos sectores sociales de clase media y pequeña burguesía, artesanado y clase obrera. Siempre se refiere con desprecio a las clases inferiores a las que no le re-

conoce ningún papel y los organismos que constituyen sólo los explica por la obra de agitadores que, con el pretexto de ilustrar a las masas, las preparan para la sedición y los trastornos aprovechando de hacer inclinar la balanza política con el peso de todas las pasiones que fomentan la ignorancia y la miseria. Es todo su análisis y comprensión de la existencia de las clases populares del país.

La miopía reaccionaria del señor Edwards lo lleva, incluso a considerar utopías desquiciadoras a las reformas políticas de libertad patrocinadas por sectores del liberalismo; y el análisis del gobierno de Balmaceda es somero y superficial, reducido exclusivamente al choque abierto de este mandatario con las clases dirigentes del país, por querer «derribar sus venerables instituciones constitucionales» y haberse arrojado en brazos de una minoría débil, obscura e irresponsable. Está ausente el análisis hondo que le permitiría exhibir los trementos intereses de clase y particulares, anti-nacionales, heridos por la acción y reformas de Balmaceda, lo que llevó a unirse a enemigos ideológicos tan connotados como radicales y conservadores, masones y clericales. Es que todo está planteado desde el ángulo de meras contiendas jurídicas e ideológicas, de carácter político, separadas de los graves intereses materiales, económicos y sociales.

Al enfocar los diversos partidos no demuestra tampoco mayor clarividencia. En el Partido Radical advierte, como algo artificial y anacrónico, el apareamiento de una tendencia socialista que surge en forma de «animadversión contra las clases ricas y consideradas». Luego, acusa a la agrupación obrera, llamada Partido Demócrata, de pretender que «el país debe ser gobernado por las clases inferiores de la sociedad a despecho de la escasa cultura moral e intelectual que ordinariamente alcanzan». También combate el sufragio universal «que entrega a las masas venales los destinos de la nación»; pero nada dice de quienes realizan el cohecho, con qué fines, y cuál es el sistema que permite tal situación.

En cambio, la «sensibilidad cerebral» del señor Eduardo Frei Montalva, es fina y atenta para aprehender las diversas facetas del proceso histórico nacional y para comprender el acceso justo, lógico e ininterrumpido de las clases populares a la política.

Inicia su estudio con un análisis del gobierno de Balmaceda y de la revolución de 1891, en el que menciona varios aspectos económicos y sociales, cuya influencia en los sucesos de la época es innegable, motivo por el que enriquece la visión estrecha y reducida de Alberto Edwards. A continuación entra de lleno en el estudio de los años posteriores al triunfo de los insurrectos de 1891, y que, acertadamente, denomina «los años inútiles», por la carencia de una política gubernativa eficaz y creadora y durante los cuales, por el contrario, la anarquía política, la vida rumbosa y derrochadora de las capas dirigentes, la pobreza y la explotación del pueblo, hacen que el país se estagne, y retroceda con respecto a las administraciones anteriores; además que las riquezas mineras del país caen en manos de los consorcios internacionales. La degeneración del régimen parlamentario, las leyes engañosas por ineficaces, la acción de agiotistas y gestores, la miseria popular a causa de los bajos salarios y de las pésimas condiciones de existencia, agotándose en conventillos y tugurios; las especulaciones bursátiles; la sed de enriquecimiento a costa del patrimonio nacional y de la explotación del hombre humilde, pasan a ser las características dolorosas de una etapa turbia e ignominiosa.

Las clases dirigentes, aristocracia y burguesía, llevan una vida dispendiosa y brillante con ambición de viajes rumbosos; sus políticos se hacen gestores, preocupados de los negocios lucrativos; sus profesionales se transforman en abogados de las empresas extranjeras y por un suculento honorario se ponen a su entero servicio, aunque esto sea dañino para el país. En seguida, verifica un estudio detenido de la formación y desarrollo de las clases medias, de los principales hitos de su desenvolvi-

miento y de los sucesos que protagoniza y cómo se organiza políticamente en el Partido Radical y en el Partido Demócrata; su heterogeneidad, sus ambiciones y arribismo, de tal modo que sus dirigentes se mueven más por «envidia que amor por la justicia social». Describe la formación del proletariado; sus rebeliones desde 1903 hasta 1925; sus publicaciones y organismos; sus hombres, entre los cuales se destaca, con rasgos inconfundibles, la figura de Luis Emilio Recabarren (quien se suicidó el 19 de diciembre de 1924, hace veinticinco años).

Analiza la deforme evolución económica del país y al hacerlo dedica un capítulo al fenómeno de la desvalorización monetaria, que tantos males ha ocasionado, impidiendo una sana capitalización y empobreciendo a las masas asalariadas.

Al efectuar el balance de la evolución de estos años inútiles, el señor Frei hace la siguiente recapitulación: «... En lo económico, es el despilfarro de las rentas del salitre y la periódica desvalorización monetaria, que permite pagar fácilmente sus deudas a los que podían contraerlas, pues hace recaer en el hecho, sobre la gran masa de la población, el pago de aquéllas, mediante la disminución crónica del poder adquisitivo de sueldos y salarios que provoca; en lo social, es el nacimiento y desarrollo de una clase media y de un proletariado industrial y minero, que van adquiriendo madurez, consistencia e influencia y que, al abandonar los antiguos cuadros ideológicos y políticos, transforman la división que existía entre dos o más partidos cuyas directivas provienen de una misma categoría social, para llevar al terreno político una lucha clasista, fundada en motivos económicos, en lo psicológico, es un pronunciado resentimiento y antagonismo; en lo político, es un régimen parlamentario que se esterilizó por el abuso y la exageración, en lo que participan, sin excepción, todos los grupos partidistas que, incapaces de canalizar o interpretar los cambios más hondos, han de ver sobrevenir la crisis del sistema; y en la vida, algo así como la desviación de los objetivos nacionales».

El señor Eduardo Frei traza la silueta de los gobernantes y políticos de la época, que son meros «nombres que pasan», sin dejar más huella que la de sus bizantinos enredos o de su incapacidad; se detiene en la exposición de la gran coyuntura social y política de 1920 y de la administración que surge de su desenlace; la esterilidad en la que se desenvuelve; la participación de los militares para romper el nudo gordiano de la oposición entre el Senado y el Ejecutivo, oposición en la que mueren las pocas iniciativas de bien público del gobierno y los diversos movimientos a que da origen esa intervención hasta conseguirse una breve estabilidad civil, durante la cual se dicta la Constitución de 1925, que reorganiza la estructura institucional del país, según las líneas de un régimen presidencialista. Pero los militares no se marginan de la política actuante y, después de algunas curiosas peripecias, asumen el poder, por intermedio del general don Carlos Ibáñez del Campo, dictador omnipotente durante los años de 1927 a 1931. Durante su dictadura policial, el capital imperialista absorbe completamente la economía nacional y nos transforma en una mera factoría, a la vez que permite una vasta política de obras públicas que cambia la faz del país. Es verdad que la dictadura de Ibáñez destruyó las libertades democráticas, redujo a prisión y desterró a centenares de dirigentes políticos y obreros y, en general, persiguió toda manifestación de crítica, e independencia; pero de otro lado, modernizó al país con obras públicas indispensables; mejoró y amplió la administración pública y le dió un elevado carácter técnico, al crear organismos eficientes y necesarios y valorizó nuevas regiones del país, como el territorio de Aysén. Sin embargo, esta dictadura no creó nuevas fuentes de producción que hubieran diversificado la incipiente economía del país, de tal suerte que, apenas dejó de recibir la corriente de empréstitos norteamericanos que la sostenían, se derrumbó con motivo de la gran crisis de 1930-1931. La caída de Ibáñez abre un período de anarquía en el país: primeramente, se restablece la oligarquía en el poder, oculta tras la raída cor-

tina del civilismo; pero su insensibilidad ante la angustia de las muchedumbres, lleva nuevamente a los militares a intervenir en la cosa pública. Se suceden una serie de «pronunciamientos».

El señor Frei al mencionarlos no puede desligarse de su formación jurídica y los condena en forma somera y contundente; así para él, el 4 de junio de 1932 «es una fecha sombría en nuestra historia» y si «parecía una revolución» en realidad «no era sino un asalto descabellado». No compartimos este juicio, por cuanto, a pesar de no ser partidarios de la intervención de las fuerzas armadas en la política, no podemos dejar de reconocer que a causa de la incapacidad y egoísmo de la clase oligárquica, muy civilista y legalista, han sido los movimientos militares los que han roto la muralla de sus privilegios para abrir camino a las nuevas clases sociales en pugna por ascender hasta el Estado y la economía. Los movimientos militares, y no sé si es doloroso decirlo, han hecho más por el progreso de Chile, en estos últimos años, que los inertes partidos políticos de las clases dominantes. En relación con su juicio sobre los motines militares el gobierno de Alessandri-Ross tuvo por mérito fundamental «afianzar el régimen legal, y restaurar el prestigio y la firmeza del poder civil».

En esta parte de su estudio es digno del mayor interés el análisis que lleva a cabo de los diferentes partidos políticos actuales. La clase dominante se agrupa en los partidos Conservador y Liberal, ya que «ambos partidos tienen la misma composición social; prácticamente, la totalidad de sus directivas y parlamentarios pertenecen a la antigua aristocracia chilena; son los poseedores de la mayor parte de las propiedades agrícolas, donde, además, tienen una fuerte base electoral y dominan sin contrapeso en los directorios de las sociedades industriales y bancarias. En una palabra, representan, en lo económico, al capital; en lo social, a la antigua clase dirigente; en lo político, necesariamente la defensa del régimen económico liberal-capitalista». Analiza, igualmente, al Partido Radical y reproduce su declaración de principios, aprobada en la Convención de 1931,

la que resume su evolución y actual actitud. Es brillante su calificación social, como expresión de los fluctuantes intereses de las clases medias, la que en sus estratos superiores se vincula con la plutocracia, de donde deriva su política vacilante y sus alianzas alternativas con la extrema izquierda y la extrema derecha. Asimismo, dedica nutridos párrafos a la organización política del proletariado, el que ha dado vida a dos grandes partidos: el Comunista, hoy barrido de la escena política, después de una actuación todopoderosa y determinante y el Socialista, que, también, jugó un rol extraordinario para caer, en seguida, despedazado en numerosas fracciones, a raíz de periódicas y regulares escisiones. Además, traza un rápido y preciso esquema de la breve y dramática existencia de un grupo Nacional-Socialista, calcado del modelo hitlerista, desaparecido a consecuencia de la aplicación de sus propios métodos hecha por el señor Alessandri. Finalmente, bosqueja una completa reseña del origen y desarrollo de la Falange Nacional, movimiento social-cristiano, de apreciable influencia, no obstante su electorado reducido.

El señor Frei termina su magnífico ensayo con algunas ponderadas reflexiones sobre la importancia y necesidad de los partidos políticos y acerca de sus responsabilidades, sobre todo en esta hora de tan grandes dificultades patrias y cuando se hace urgente proceder a una verdadera revolución material y espiritual que destaque al primer plano a nuestro pueblo.

El ensayo del señor Frei Montalva es notable y de lo mejor que se ha realizado en este campo. Su lectura es indispensable para todos los que se preocupan por comprender la situación del país y de sus graves problemas. Nos es particularmente grato dejar constancia de este juicio, por cuanto, del mismo modo, hemos abordado en algunos ensayos estos asuntos, desde un punto de vista social y político, tal como ha tenido la gentileza el señor Frei Montalva de señalarlo en una muy benévola nota de su enjundioso trabajo.—JULIO CÉSAR JOBET.